

La utopía moral de un héroe político-cristiano: El *Tomás Moro* de Fernando de Herrera

Sebastian Neumeister

Freie Universität Berlin
seneu@zedat.fu-berlin.de

Studia Aurea Monográfica 1 (2010)

<URL: <http://www.studiaeurea.com/articulo.php?id=146> >

Resumen

Fernando de Herrera dedica a Tomás Moro, canciller de Enrique VIII de Inglaterra y defensor de la Iglesia, una biografía al parecer muy heterogénea, una veces detallada, otras más bien general. El texto se sitúa entre los géneros de la historiografía y de la hagiografía, disponiendo la vida del protagonista en forma semidramática, como en un «Teatro de la Tragedia». La narración exacta de los hechos históricos y los largos comentarios morales se combinan de tal manera que resulta un texto literario muy especial: exhorta al lector a la imitación del mártir, sin abandonar la elaboración estética. Historiografía y literatura se revelan gemelas una vez más.

Palabras clave

Fernando de Herrera, biografía, historiografía, hagiografía, género literario.

Abstract

The Moral Utopia of a Christian Hero: The Biography of Thomas More by Fernando de Herrera
Fernando de Herrera, an important humanist and poet of 17th-century Seville, narrates the martyrdom of another humanist, Sir Thomas More, Lord Chancellor of England and advocate of the Catholic Church, in a seemingly very heterogeneous biography —at some points very detailed, at others quite general— which lies somewhere between history and hagiography, presenting More's life in a semi-dramatic way, as a «Theatre of Tragedy». The accurate narration of the historical facts and the abundant moral commentaries combine to produce a very special kind of text, exhorting the reader to imitate the martyr, but without in any way sacrificing aesthetic considerations. Once again, historiography and literature go hand in hand.

Key words

Fernando de Herrera, biography, historiography, hagiography, literary genre.

Sólo la visión estética de la historia es adecuada a una realidad rebelde tanto a la especulación teórica como a la interpretación pragmática.

Nicolás Gómez Dávila

Conocemos a Fernando de Herrera sobre todo por sus poesías y por sus anotaciones a la obra de Garcilaso, publicadas en 1580, siete años después de la edición del Brocense. Pero Herrera es también el autor de dos obras históricas mucho menos conocidas, una *Relación de la guerra de Cipre*, del año 1572, acompañada de la célebre *Canción de la victoria de Lepanto*, y, veinte años más tarde, una «relación ejemplar», como dice, sobre el canciller inglés Tomás Moro, del 1592. Se ha discutido mucho si el texto de esta última obra publicada en vida del autor forma parte de la gran *Historia general del mundo hasta la edad del emperador Carlos Quinto*, obra capital de la prosa herreriana. Sin embargo, no podemos resolver este problema, porque a pesar de la noticia que nos ha dejado Francisco Pacheco en su *Elogio de Herrera* (Sevilla 1599) de que había sido terminada en 1590, el texto de esta *Historia general* no se ha conservado.¹

El *Tomás Moro* presenta problemas de otra índole, son problemas de género literario y de contenido.² Publicado a una distancia de veinte años del primer ensayo histórico de Fernando de Herrera, la *Relación de Chipre, Tomás Moro* tiene poco en común con la *Relación* en cuanto al contenido y al estilo. Herrera lo escoge como tema de un opúsculo de unas cincuenta páginas a un inglés, al canciller del rey Enrique VIII, y esto sólo cuatro años después de la derrota de la Gran Armada invencible, en 1588. Llama incluso «nobilísima» a la nación inglesa y elogia sus méritos y bondades, oscurecidas sólo por la herejía del rey y de sus sucesores. Es la razón por la que Herrera dedica una biografía al hombre político más destacado de este reino, defensor de la Iglesia y de la supremacía del Papa, a «Thomas Morus, quondam supremus totius Angliae cancellarius dignissimus», como reza la *scriptio* de un retrato contemporáneo de Moro que forma parte de la segunda edición del libro, publicada en Madrid en 1617.³

Tomás Moro no es una biografía en el sentido estricto del género, es más bien una vida ejemplar, reducida a los datos más esenciales y acompañada por largos comentarios de carácter teológico-moral. Lo dice Herrera mismo:

Mas porque, para entendimiento de estas cosas, es necesario referir otras, diré solamente las que no se pueden excusar, tomando de ellas lo que singularmente toca a Tomás Moro. Porque así como no es mi intento escribir toda su vida, así no me

1. Ver Herrera (2001: 41).

2. Ver Herrera (2001: 61-70).

3. Ver la reproducción del grabado en Herrera, 1950. al lado de la p. 16.

parece acertado traer prolijamente todas aquellas cosas que fueron maravillosas, y como tales han sido tratadas de hombres doctos. (136)⁴

Fernando de Herrera se basa en las obras históricas de dos autores, *De origine ac progressu schismatis Anglicani* de Nicolás Sander, del 1586, refundido junto a otros por el padre Pedro de Ribadeneyra en 1588, y, más cerca del libro de Herrera, la *Vita Tomae Mori*, tercera parte de *Tres Thomae seu res gestae S. Thomas Apostoli, S. Thomae Archiepiscopi Cantuariensis et Martyris, Thomae Mori Angliae quondam Cancellarij*, de Thomas Stapelton, del mismo año 1588.⁵ Fernando de Herrera, a diferencia de estas obras, abunda en comentarios y reflexiones morales, a costa de las informaciones históricas y biográficas que el lector espera hallar normalmente en la biografía de un hombre político muerto medio siglo antes.

Los problemas comienzan aquí. El *Tomás Moro* de Herrera nos hace dudar del género narrativo al que debemos adscribirlo. Si no es una biografía de Tomás Moro establecida, en la medida de lo posible, con los datos y referencias históricos, ¿qué puede ser? ¿Una vida de santo, una leyenda, una crónica? Acerquémonos a la cuestión sin entrar demasiado en el laberinto de la narratología. El crítico alemán André Jolles distinguió en 1930, en un libro ya clásico, nueve formas denominadas sencillas (*einfache Formen*) de la prosa literaria. Una de estas formas sencillas puede interesarnos aquí: el *memorable*.⁶ Tomás Moro es sin duda alguna una figura memorable, por su personalidad excepcional, por su posición social dentro del ámbito político inglés de la época, y aún más por su muerte. Es esta muerte precisamente que padece Tomás Moro como mártir de la propia conciencia, la que pone de relieve su vida anterior, una vida que ya hubiera sido notable como carrera de un humanista, amigo de Erasmo, y hombre político importante, pero que alcanza las alturas de lo memorable por su fin trágico.

El *memorable* es, según André Jolles, un proceso lingüístico-literario en el que «vemos como la historia, avanzando irrefrenablemente, se condensa, se endurece en ciertos momentos. La historia corriente se coagula en estos momentos, y endurecida, coagulada así, se hace lengua, forma literaria.»⁷ Podemos observar esta coagulación en el texto de Herrera. Todo lo que nos ofrece el autor de la vida de Tomás Moro, todos los detalles de la historia de Inglaterra desde principios del siglo XVI, convergen en los acontecimientos de la detención, de la condenación y de la muerte de Tomás Moro. Recurriremos otra vez a André Jolles, que se sirve, para demostrar los mecanismos del *memorable*, de un acontecimiento de la insurrección de las provincias neerlandesas contra Felipe II: «De la serie de sucesos escalonados se destaca uno superior al que se orientan ahora

4. Cito, en lo que sigue, por la edición modernizada de Francisco López Estrada (Herrera, 2001). El texto original se puede consultar en Herrera (1950: 33-52).

5. Ver Herrera (2001: 71-79).

6. Jolles (1958: 200-217).

7. Jolles (1958: 209).

todos los detalles de modo único y racional: de los hechos libres hasta entonces se construye una realidad integral.»⁸ La técnica narrativa que Herrera emplea para contar la vida de Tomás Moro procede de la misma manera: el martirio de Moro explica y motiva la estructura del texto entero.

Pero con todo esto, la clasificación del *Tomás Moro* de Fernando de Herrera como *memorable* todavía no parece aclarar suficientemente el carácter literario del libro. El autor mismo nos lo hace sentir ya desde el principio de su relación:

Cuando me pongo en consideración de las cosas pasadas, y revuelvo en la memoria los hechos de aquellos hombres, que se dispusieron a todos los peligros, por no hacer ofensa a la virtud, y escogieron antes la honra y alabanza de la muerte, que el abatimiento y vituperio de la vida, no puedo dejar de admirarme de la excelencia y singular valor de su ánimo, y estimar maravillosamente sus obras; pero no sé por ventura, si por mayores que las humanas. (124-125)

Es esta la primera frase del *Tomás Moro* de Herrera. No habla «de las cosas pasadas» en general, sino de «los hechos de aquellos hombres que se dispusieron a todos los peligros por no hacer ofensa a la virtud.» La virtud es el criterio, por lo tanto, según el cual la historia debe ser juzgada. Los «discípulos de Jesucristo» (125) y los mártires mencionados podían responder a este criterio, pero no los protagonistas de los siglos siguientes. La historia, como la ve Herrera, ya está teñida ideológicamente por dos valoraciones morales, la decadencia de los tiempos modernos y la supremacía de la virtud. Es la razón por la cual Herrera escoge la historia de la vida y de la muerte de Tomás Moro, héroe poco común de su época, pero símbolo del futuro más virtuoso posible.⁹

Herrera se acerca paso a paso desde la diagnosis negativa de su tiempo a la persona del canciller inglés, símbolo de la esperanza cristiana «en la vejez del mundo», como dice:

Por esto juzgo por mayor hecho, que de hombres tan entregados al vicio, levantarse alguno de ánimo generoso, entre la confusion y ceguedad de tanta gente perdida; y rompiendo todas las dificultades, llegar al merecimiento de la verdadera gloria. Y tanto pienso será mayor, cuanto está mas en la vejez del mundo, y la naturaleza olvidada de producir hombres, aborrecedores de las costumbres de este tiempo, y que justa y libremente osen sacrificar su vida por la honra de Dios, y por el amor de la virtud. (126)

Y ahora nombra a su héroe:

Si alguno ha merecido en la miseria de nuestra edad la estimación de esta hazaña, ciertamente grandísima y casi singular, entre los pocos que nos ha querido dar el cielo, para vergüenza y menosprecio de nosotros, que vivimos tan descuidados de

8. Jolles (1958: 211).

9. Ver Randel (1970: 159-172).

satisfacer a la obligación que tenemos a la verdad y justicia, es Tomás Moro, uno de los varones más excelentes, que ha criado la religión cristiana, y clarísimo ejemplo de fe y bondad para todos los hombres constituidos en dignidad, y en oficios y grandeza de magistrados. (126-127)

Pero Herrera no olvida tampoco mencionar la tarea que asume como historiador con un libro biográfico de tendencia moralizante:

Y pues no es negocio nuevo, dejar a la memoria de la edad siguiente, los hechos y costumbres de los hombres señalados, aunque no se estime tan bien el valor y merecimiento de la virtud en los tiempos, en que halla difícilmente, dése lugar a este pequeño trabajo, debido a la honra de este varón, y si careciere de alabanza por la rudeza y falta de mi entendimiento, no sea indigno de excusa por la afición de mi ánimo, y por la piedad a que nos obliga su nombre. (127)

Lo que sigue es, por lo tanto, la combinación de una narración histórica con comentarios actualizantes y valoraciones morales. Los elementos históricos se encuentran dispersos entre los pasajes moralizantes y no tanto a la inversa: ocupan un espacio siempre más largo. Cuando Herrera describe la modestia que Tomás Moro muestra al desempeñar su oficio de canciller del reino, por ejemplo, la descripción de las actividades de Moro pronto cede el paso a observaciones de carácter más general:

Porque consideraba cuerdamente, que aquella dignidad soberana, como no podía ser ofendida, ni despreciada, sino venerada y obedecida, así convenía, que se mostrase fácil y agradable a todos, pero guardando el grado, que requería su gravedad. Y por ventura pensaba también, que no debía atribuirse las honras debidas a su oficio, como si se debieran a su persona, conociendo que nacía del abuso de ellas el odio y la indignación que tienen los hombres por la mayor parte a los que no son propios y naturales señores. (133-134)

Hasta aquí el texto se refiere a la persona de Tomás Moro. Lo que sigue, sin embargo, son reflexiones morales de carácter general sobre la ambición egoísta de los ministros, que les impide «acudir libre y derechamente a los negocios de los otros hombres» (134). Se necesitan, por el contrario, hombres como Tomás Moro:

Mas cuando aviene, que por señalado favor del cielo, acierta el príncipe a escoger algún hombre de tanta grandeza y confianza de ánimo, que no lo desvanezca y deslumbre la alteza y resplendor de aquella dignidad, antes atienda al provecho y conservación de todos sin acudir a sí solo; entonces se puede llamar dichosa y bienaventurada aquella región, como desdichada y miserable, la que tuvo en suerte, jueces y gobernadores tiranos y enemigos de sus pueblos. (134)

Tomás Moro no se nombra aquí: casi pierde su existencia individual y se transforma en una figura ejemplar, un tipo abstracto. Historia y enseñanza se

entrelazan aún cuando Fernando de Herrera narra los sucesos a la corte de Enrique VIII:

El Rey, que fue un portento de naturaleza, en quien mostró la inconstancia de las cosas humanas, y lo poco que se debe fiar de los buenos principios cuando se dejan vencer los hombres de sus apetitos queriendo hacer cierta aquella sentencia, que los excelentes ingenios suelen producir grandes virtudes y vicios juntamente, puso los ojos en Ana Bolena, y procuró obligarse con ella en casamiento. Las causas, que mostraba tener, para repudiar su mujer legítima, por ser comunes a todos, y escritas de muchos, no las refiero. (137)

La historia cede el paso a la moral. Esta combinación de historia y juicio moral con preponderancia del último caracteriza el texto entero de *Tomás Moro*. Tan sólo cuando se vislumbra el destino de Tomás Moro, el estilo de la narración se hace más detallado y adquiere, en las reacciones de los protagonistas del conflicto constitucional entre Tomás Moro y el rey, incluso fuertes matices dramáticos. Lo hacen sentir ciertos pasajes: «indignose gravísimamente el Rey», «ardió en ira», «lloraban en sus apartamentos», etc. Tomás Moro, por su parte, no da muestras de titubear en sus declaraciones o de revocar sus decisiones:

Y no sólo no mudó el consejo, pero ni se arrepintió de él, porque no lo pudo elegir mejor en aquel tiempo en que lo escogió, y no pudo proponerse mejor cosa que la que se propuso. (151)

La imagen de un mártir al servicio de la Iglesia católica y de la fe cristiana se va perfilando cada vez más. La lucha entre el poder y el héroe se dramatiza y adquiere, en las escenas de la cárcel y en los diálogos, palabra por palabra, del debate jurídico, la cualidad de una tragedia. Fernando de Herrera sigue fielmente en esta pasaje a Nicolás Sander, autor de *De Origine ac Progressu Schismatis Anglicani*, libro publicado en Roma en 1586:

Con estas últimas palabras quedaron más confusos, y conocieron más abiertamente, que la seguridad y constancia de Tomás Moro no podía ser quebrantada con accidente alguno; y les pareció no convenir a su negocio, que hablase más delante el pueblo; y confirmada la sentencia de muerte, lo mandaron volver a la Torre, donde gastó aquel poco espacio que le restaba de vida, en oración y contemplación de las cosas divinas, hasta el sexto día de julio del mismo año 1535, que llevado a padecer por la verdad con el mayor concurso de gente, que jamás había visto antes Londres, fue espectáculo de la mayor consideración y maravilla que nunca vio ni esperó Inglaterra. Porque contemplaban todos los hombres en aquella extrañeza y crueldad, unos el fin afrentoso, otros, la gloria y alabanza que se le seguía de él. (162)

Siguen tres páginas finales sobre el efecto psicológico y moral que tuvo el martirio de Tomás Moro sobre el rey, la corte, amigos y enemigos del antiguo canciller del reino.

Para juzgar mejor el género narrativo que Fernando de Herrera ha creado con su *Tomás Moro* podemos cotejarlo también con los capítulos correspondientes de la *Historia Eclesiástica del Scisma del Reyno de Inglaterra* de Pedro de Ribadeneyra, publicada en 1588. El padre jesuita, autor de la exitosa *Flos sanctorum o libro de las Vidas de los Santos* (1575/1599/1616), se basa, como Herrera, en el libro de Nicolás Sander antes citado. Documenta las etapas de martirio de Tomás Moro y registra con gran exactitud, sin dramatizarlas, las intervenciones verbales de Moro a lo largo de su proceso. Además, la documentación de Ribadeneyra contiene elementos sentimentales: el texto de una oración de Moro, los últimos encuentros con su mujer y su hija, la carta que escribió a ésta el día antes de su ejecución, «con un carbón (porque no tenía pluma)», y un pequeño milagro final. Lo que falta por completo en el relato de Ribadeneyra, en cambio, son las observaciones teológico-morales entretrejidas en el texto de Herrera. He aquí la diferencia entre una narración todavía tardomedieval que saca continuamente enseñanzas de los acontecimientos, narrados sin escrúpulos realistas, del libro de Herrera, y otra presentación didáctica que utiliza, para conmover al lector, los métodos psicológicos aconsejados por el Concilio de Trento, en el texto de Ribadeneyra.

Herrera parece más anticuado cuando comparamos su estilo con las técnicas discursivas de los jesuitas. Pero hay también un problema de contenido. José Aragüés Aldaz ha discutido detalladamente, en un artículo del año 2007, la ubicación intermedia de la vida de un santo cristiano entre la pasión de Jesucristo y la vida normal del lector. Tomás Moro todavía no es un santo, le faltan por ejemplo, los milagros. No obstante, Tomás Moro ya se acerca mucho, por su espíritu de sacrificio, al estado de un santo. La santidad hace enormemente difícil la comprensión y la imitación de una vida excepcional por parte del lector. Como escribe José Aragüés Aldaz:

La idea de la imitación moral tan sólo podía sustentarse en un doble juego entre la « semejanza » y la « diferencia », en un tenso equilibrio entre la posibilidad de emulación de los actos de virtud pasados y el reconocimiento de toda la distancia que separaba la vida del lector y la experiencia sagrada de aquellos « santos, apóstoles, mártires y confesores »: una distancia o diferencia sugerida desde el propio diseño gradual, descendente, de aquella doble escala de la virtud y de la perfección. [...] Tenemos que buscar un camino entre la admiración y la imitación, una *tertia via* entre el milagro y el acto de virtud humano, imitable. Esa idea de una « imitación disuadida », tajantemente prohibida incluso, nos sitúa de nuevo justo en el centro de aquella « diferencia » entre la heroicidad hagiográfica y la vida del lector, entre la actitud extrema del santo y la relativa contención que presidía aquel « programa de la virtud » diseñado por la oratoria sacra del Quinientos.¹⁰

Fernando de Herrera y Pedro de Ribadeneyra no nos presentan un taumaturgo, nos presentan una vida ejemplar, un *exemplum virtutis*. Ante la elección

10. Aragüés Aldaz (2007: 277, 281).

de uno de los dos géneros, el ejemplo imitable de virtud y la vida excepcional de un santo (futuro), ambos optan por el *exemplum*. Aun así, el énfasis con que la escriben es distinto. Herrera intenta invitarnos a la imitación, mientras que Ribadeneyra quiere suscitar la admiración de un mártir. Ya se apunta, en el capítulo correspondiente de su *Historia Eclesiástica del Scisma del Reyno de Inglaterra*, la canonización de Tomás Moro, que se decretó sólo cuatro siglos más tarde. Pese a todo, la tarea del historiador prevalece sobre las tendencias santificadoras. No es una leyenda de un santo del Medioevo, sino una etapa en la historia del cisma inglés, es un *memorable*.

Fernando de Herrera, por su lado, no concibe la vida de Tomás Moro ni como leyenda ni como crónica. ¿Es que la concibe como relato? Tampoco, dado el gran porcentaje de reflexiones morales intercaladas. Pero si no es un texto histórico, ¿es entonces un texto literario? Para Aristóteles la diferencia entre historia y literatura fue clara: la historia presenta lo contingente, lo único, pero verídico; la literatura, en cambio, presenta lo esencial, pero sólo como verosímil.¹¹ Herrera, por su lado, quiere establecer un puente entre los dos géneros, extrae lo general de lo contingente, la enseñanza moral de los sucesos históricos: *historia magistra vitae*. Cicerón, creador del concepto, había relacionado el oficio del orador de educar, incitar y consolar a su auditorio con la utilización de la historia:

Quis cohortari ad virtutem ardentius, quis a vitiis acrius revocare, quis vituperare improbos asperius, quis laudare bonos ornatius, quis cupiditatem vehementius frangere accusando potest? Quis maerorem levare mitius consolando? Historia vero testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis, ¿qua voce alia nisi oratoris immortalitati commendatur?¹²

Es una fórmula cuyo plazo de validez caduca, según Reinhart Koselleck, con el siglo XVII.¹³ La concepción didáctica de Cicerón presupone una coherencia de la historia desde los tiempos míticos hasta el presente. El politólogo francés Jean Bodin propone, así, en su *Methodus ad facilem cognitionem historiarum*, de 1572, clasificar los sucesos de la historia por categorías pragmáticas (virtudes, vicios, profesiones, derecho, economía, familia), para atesorar las experiencias humanas. El filósofo Michel de Montaigne, por el contrario, se muestra escéptico en cuanto al valor práctico de los relatos históricos. Registra, como confiesa en su ensayo intitulado *Considerations sur Ciceron* (I, 40; añadidura del año 1595), a tres años de distancia de la publicación del *Tomás Moro* de Herrera, los hechos históricos concentrándolos al máximo, pero sin esperanza de plusvalía precisa:

11. Aristóteles (1988: cap. 9)

12. Cicerón (1902: II, 9, 35-36).

13. Ver Koselleck (1979).

Pour en ranger davantage, je n'en entasse que les têtes [es decir, lo esencial]. Que j'y attache leur suite, je multiplieray plusieurs fois ce volume. Et combien y ay-je épandu d'histoires que ne disent mot, lesquelles qui voudra esplucher [es decir, desarrollar] un peu ingénieusement, en produira infinis *Essais*. Ny elles, ny mes allegations ne servent pas tousjours d'exemple, d'authorite ou d'ornement. Je ne les regarde pas par l'usage que j'en tire.¹⁴

Herrera no opta ni por Bodin ni por Montaigne. Hace hablar a la historia misma, la historia de una vida ejemplar que ya de por sí parece ofrecer la estructura de una tragedia, desde la ascendencia del canciller inglés hasta su derrota final, pasando paso a paso por las etapas del conflicto entre el rey y su canciller. Los acontecimientos pierden así su contingencia histórica y se revelan fatales. Es un desarrollo que se nota en el texto mismo cuando el destino de Tomás Moro se anuncia. Herrera todavía habla de que «por una fuerza oculta de causas superiores se comenzó a turbar esta buena suerte, y amenazó a él y al reino una grandísima ruina.» (135) Diez páginas más tarde, en cambio, habla sin titubear de «aquel teatro de la tragedia» (150). La crónica de los sucesos se transforma ya de por sí en un drama. La narración dramatizante es legítima, porque la historia pura no existe. Historia y literatura pueden colaborar, al menos según Hayden White, sin dificultades conceptuales:

El potencial de conocimiento que adjudicamos a la historiografía, no disminuye si explicamos el mundo real prestándole la coherencia formal que normalmente asociamos con las obras de la narrativa ficcional. Disminuiría sólo si creyéramos que la literatura no nos enseña nada de la realidad, si no, sería parte de un mundo diferente e inhumano. Según mi parecer, aceptamos la «ficcionalización» de tal historia como su «explicación» por la misma razón por la cual aceptamos la gran literatura ficcional como aclaración de un mundo en el que convivimos con sus autores. En los dos casos reconocemos las formas por las cuales la conciencia constituye y coloniza el mundo donde quiere instalarse.¹⁵

La ejemplaridad de la vida y muerte de Tomás Moro puede hacernos pensar, por ejemplo, además de en *La española inglesa* de Cervantes, en otros dos textos de la literatura española, en posición casi equidistante con respecto al opúsculo de Fernando de Herrera, uno publicado medio siglo antes y otro medio siglo después. Una vida que constituye una inversión total de la narración idealizante e incluso hagiográfica de Tomás Moro nos la ofrece, junto a sus sucesores hasta el *Buscón*, el *Lazarillo de Tormes*. Los pícaros tienen una vida anti-ejemplar por antonomasia. Sus fines son exclusivamente terrenales, opuestos a los del santo, que niega todo anhelo terrenal. Si se compara su vida con la de los santos y mártires, sin embargo, también son mártires, mártires que padecen el suplicio antes

14. Montaigne (1962: 245).

15. Hayden White (1991: 121).

de obtener la felicidad, que puede ser incluso eterna, si aceptamos la imitación de Cristo que Lazarillo adscribe a su padre:

Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron a mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí a moler venían, por lo cual fue preso, y confesó, y no negó, y padesció persecución por justicia. Espero en Dios que está en la Gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados.¹⁶

Dicho al revés: ¿se nos permite llamar al santo, al mártir, a Tomás Moro un pícaro del cielo?¹⁷

Al otro extremo de la escala de los géneros literarios, tenemos un texto muy especial, *El Comulgatorio* de Baltasar Gracián. Es una colección de cincuenta casos modélicos sacados de la Biblia y expuestos por Gracián para preparar al creyente antes de comulgar. La preparación para la comunión con Cristo que Gracián propone en el *Comulgatorio* se da a través de su lectura. Se extraen admoniciones y enseñanzas de los ejemplos del *Comulgatorio* de la misma manera que en la relación hagiográfica de Herrera. Cito otra vez a José Aragüés Aldaz:

La identificación del cristiano con su modelo constituye la piedra angular sobre la que se asienta la ejemplaridad hagiográfica, trasladando al ámbito sacro aquella «empatía» entre el héroe literario y el lector a la que Gérard Pelletier, autor de una retórica barroca, *Reginae palatium eloquentiae*, parecía aludir, a la altura de 1650, bajo un término tan sugerente como el de *communicatio*. [...] Todavía más: si algo aciertan a insinuar las palabras de Pelletier al propósito de la imitación hagiográfica es, precisamente, la dificultad y el riesgo inherentes a una identificación estricta, literal, entre los actos del santo y los propuestos al oyente del sermón, entre la vida común y la vivencia sagrada.¹⁸

Dificultades en la identificación que parece subestimar el italiano Bartolomeo d'Angelo en su *Ricordo del ben morire, dove s'insegna a ben vivere & ben morire* (Brescia 1593) cuando recomienda, a un año de distancia del *Tomás Moro* de Herrera, las bondades consolatorias de los ejemplos de los mártires para reconfortar a los condenados a muerte:

[...] se'l condannato ha da morire soffocato, impiccato, si potrà effortare a pazienza, con l'infrafcritti essempli di Santi, dicendoli «Figliuolo carissimo, non dovete turbarvi, se la Giustizia vos ha condannato a tal brutta morte, poiche moltissimi Santi, senza haver fatto fallo alcuno, hanno ingiustamente patito l'istessa, & anco peggior morte.»¹⁹

16. Lazarillo (1972: 92).

17. En la penúltima página de su valioso libro sobre la prosa histórica de Herrera, Mary Gaylord Randel reflexiona, sin entrar en los detalles, sobre la posibilidad de comparar la diferencia entre la *Relación* de Herre-

ra y su *Tomás Moro* con las afinidades entre la novela picaresca y el sermón (Randel, 1970: 195).

18. Aragüés Aldaz (2007: 280).

19. D'Angelo (1593) citado por Aragüés Aldaz (2007: 299).

Fernando de Herrera no tiene condenados a muerte como lectores de su libro, pero la exhortación a la imitación de los mártires no es menos patética:

Mire el hombre y considere con atención lo que sufrieron y si padecieron con fortaleza y generosidad por la justicia, desee y procure sus ánimos, porque son merecedores de gloria. Y que su virtud agrade a todos, y los obligue a su imitación. Alabemos al que debe ser alabado, y conozcamos y digamos que es mayor y más dichoso por haberse librado de las miserias y desastres humanos; y que, habiendo hallado con liviana costa de tiempo cómo se hiciese inmortal, goza en seguridad la bienaventuranza con Cristo. Y sea ejemplo a los que tienen por uso admirar las cosas ilícitas, y entiendan que puede haber y se hallan varones grandes y dignos de toda alabanza en el imperio de malos príncipes. (168)

Hallamos el mismo tono, si bien reforzado por el estilo aún más patético del Barroco, sesenta años más tarde, en el *Comulgatorio*:

Oh, cuánto hubieras apreciado el haber asistido a todos aquellos lastimeros trances de tu redención!; Oh, cómo hubieras logrado tu dicha, aunque penosa, de haberte hallado presente en todas aquellas ocasiones en que padecía el Señor! ¡Oh, quién se hubiera hallado, repites muchas veces, con el afecto que ahora tengo en aquellos doloridos pasos de la Pasión! Pues advierte que no llegas tarde, aun vienes a sazón; aquí tienes al mismo Señor que allí sufría, si no padeciendo los dolores, representándose para que tú te compadezcas. (*Meditación* 41, 3)²⁰

Sin embargo, hay una diferencia: Gracián nos invita a la meditación en una composición de lugar como la aconsejaba Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios espirituales*. Se trata, por lo tanto, de una comunión imaginada y espiritual con el héroe, Cristo en este caso. Herrera, por su lado, el poeta de las victorias y de las derrotas de la España del Quinientos, invita al lector a imitar los hechos y las virtudes de un héroe humano. No nos aconseja una *vita contemplativa*, sino una *vita activa* cristiana. Es una utopía de índole mucho más ambiciosa que la utopía concebida por el mismo Tomás Moro.

20. Gracián (1993: 864).

Bibliografía

- ARAGÜES ALDAZ, JOSÉ, «Fronteras de la imitación hagiográfica (I). Una retórica de la diferencia», *El sabio y el santo*, I. Arellano y M. Vitse (eds.), *Modelos de vida en la España del Siglo de Oro*, vol. II, Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 2007.
- ARISTÓTELES, *Poética*, Madrid, Gredos, 1988.
- Cicerón, *De oratore (Rhetorica)*, tomo I, A. S. Wilkins (ed.), Oxford, Oxonii e typographeo Clarendoniano, 1955 (1902).
- D'ANGELO, Bartolomeo, *Ricordo del ben morire, dove s'insegna a ben vivere & ben morire*, Brescia, Tomaso Bozzola, 1593.
- GRACIÁN, Baltasar, *El Comulgatorio*, en *Obras completas*, E. Blanco (ed.), vol. II, Madrid, Turner, 1993, pp. 767-886.
- HERRERA, Fernando de, *Tomás Moro*, F. López Estrada (ed.), *Archivo Hispalense* 12 (1950) 9-56.
- , *Tomás Moro*, F. López Estrada (ed.), Sevilla, Universidad, 2001.
- JOLLES, André, *Einfache Formen. Legende / Sage / Mythe / Rätsel / Spruch / Kasus / Memorabile / Märchen / Witz*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1958 (1930). Hay traducción francesa: *Formes simples*, París, Seuil, 1972.
- KOSELECK, Reinhart, «Historia Magistra Vitae. Über die Auflösung des Topos im Horizont neuzeitlich bewegter Geschichte», *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1979.
- MONTAIGNE, Michel de, *Essais*, en *Œuvres complètes*, A. Thibaudet (ed.), M. Rat, París, Gallimard, 1962.
- RANDEL, Mary Gaylord, *The Historical Prose of Fernando de Herrera*, London, Tamesis, 1970.
- La Vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, A. Blecua (ed.), Madrid, Castalia, 1972.
- WHITE, Hayden, «The Historical Text as literary Work of Art», *Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1978.